

LA EDUCACIÓN CONTRA LA VIOLENCIA

Joaquín Pérez Azaústre



RESUMEN:

Todas las noticias de violencia que asolan el vigor de cualquier día tienen dos esencias repetidas: la impunidad del agresor y el miedo como forma de chantaje.

Palabras clave: violencia, democracia, libertad, educación.

ABSTRACT:

All the news about violence which invade everyday life have two essences which are continually repeated: The aggressor's impunity and fear as a means of blackmail.

Keywords: violence, democracy, liberty, education

Correspondencia con el autor: Correo electrónico: azaustre@yahoo.es
Original recibido: febrero 2007. Original aceptado: mayo 2007.

Conocemos la noticia terrible y somnolienta, envuelta en pesadillas anteriores, de que un hombre de treinta y dos años ha matado a golpes a su hija de catorce meses. Escuchamos la información, un apartahotel en la Plaza de España de Madrid, así como otros datos: la edad de la joven madre -apenas veinte años- y su estado de shock tras la contienda, así como el desmoronamiento del asesino en cuanto fue interrogado por la Policía. Así trenzamos días en silencio, haciéndonos al limbo del horror, ese mismo limbo del que nos llegan otras variaciones de violencia: también mucho más lejos, como el terrorismo constante en ese panal toscó, henchido de metralla y sangre múltiple, que es Iraq, la monarquía autoritaria saudita o los regímenes comunistas opresores -acaso pueden serlo de otra forma- cubano, chino y coreano. Pero, dejando a un lado las manifestaciones de violencia lejanas y oficiales, nos encontramos, también, con las oficiosas: así, brilla con luz propia -luz de barro, hundida en la tortura, el exterminio- de un modelo soviético encubierto como es la Rusia de Vladimir Putin, y una nueva Siberia sin nieve y con chechenos; también, cierto intervencionismo de EE.UU. con el marchamo de la democracia pero con evidentes fines lucrativos -hay muchas contratas tras las bombas, muchas reconstrucciones muy jugosas, así como la exigencia de una industria armamentística que pone y quita presidentes, como descubrió JFK-, y también los vuelos ilegales de la CIA, el mantenimiento de los encarcelamientos ilegales en Guantánamo, que es una vergüenza universal de pronto consentida, inexcusable.

Sin embargo, este disparo avieso de violencia en la órbita internacional tiene un marco cercano, si miramos más cerca más acá del tono noticiario: así, podemos recordar la algarada con tapadera racista, con un fondo real de conflicto delincuente, como en el caso de Alcorcón -más recientemente, la del corazón de Malasaña, en Madrid, con brutales cargas policiales y más brutales, aun, ataques por parte de bandas organizadas de jóvenes matones-, la interminable lista de mujeres asesinadas por sus parejas, o de reyertas mortales en los campos de fútbol -recordemos las guerrillas urbanas en Italia-, así como las palizas terribles a profesores y alumnos en los centros de enseñanza españoles, que ya se ha revelado como un humus constante de terror.

Si además pensamos en la violencia encubierta en ciertos discursos políticos, y hasta en los programas televisivos de distracción frívola, nos encontraremos con la conclusión de que esta sociedad del bienestar tiene unas raíces bien violentas. ¿Hay una salida a esta locura? Aparentemente, sí. En realidad -véanse las

campañas políticas- nadie habla del mal hasta que llega, siempre que la sangre le salpique.

2

Todas las noticias de violencia que asolan el vigor de cualquier día tienen dos esencias repetidas: la impunidad del agresor y el miedo como forma de chantaje. Estos dos factores nos someten, hacen de nosotros víctimas posibles del abuso brutal, irrefutable: el mayor argumento, el discurso mejor argumentado, enflaquece ante el golpe, la ejecución o la tortura. Los poemas de García Lorca siempre serán más fuertes, siempre estarán más plenos de genio y gallardía que la vileza cobarde de sus asesinos; sin embargo, igual que Víctor Jara y tantos otros -tantos otros anónimos, que llenaron estadios y campos de fútbol a lo largo de todo el siglo veinte, siglo de conflictos engañosamente románticos que nos hicieron soñar con héroes vulnerables como nosotros-, hasta el poeta más alto es quebradizo, frágil, ante su exposición a la metralla.

Sin embargo, la violencia que vive y preside nuestras vidas no sólo se manifiesta en forma de agresiones visibles; también existen otras más taimadas, pero quizá más eficaces, que ya se han hospedado en nuestros usos como materia pública: también en la política, cualquier forma de violencia -de contenido o formal- cuenta con el parapeto de la impunidad del agresor, y con la consecuencia natural del miedo como forma de chantaje. De hecho, en Estados Unidos -y en España, también- se ha usado el miedo como capital político, un miedo convertido en sustancia crucial que administrar frente a los ciudadanos. Así, a través de la imposición de ese miedo, se alcanzará el poder. Y, desde el poder, será mucho más fácil -especulación mediante- obtener riquezas varias.

Ante esta impunidad, los ciudadanos terminarán indiferentes a ciertos desmanes, y caerán en la vieja argucia fascista de creer que todos los políticos son, por naturaleza, corruptibles, y que se vive mejor, entonces, sin políticos. Frente al miedo creciente, tendremos ciudadanos asustados. Como consecuencia de la imposición desde el poder, los ciudadanos terminarán siendo sumisos, impresionables frente al poder -cuando resulta que el poder político

jamás deberá impactar, en un sistema de soberanía nacional, al ciudadano medio, que es su detentador verdadero y lo ha delegado en los políticos- y, por último, frente al enriquecimiento de unos pocos -los ejemplos son múltiples: la especulación inmobiliaria jamás habría sido posible sin el favor político-, la casta dirigente más corrupta, gran parte de la población tendrá dificultades para vivir con dignidad. Así, el poder necesitará, para gestionar este proceso, ciudadanos anestesiados, que miren a otra parte, que piensen que la política es cosa de otros. La libertad total es imposible. Tratando de encontrar la relativa, ¿cómo se revienta esta espiral? Teniendo miedo sólo de una cosa: de tener miedo, precisamente.

3

La triste actualidad de la violencia, reactivada en el nimbo de unas horas que van marcando el pulso informativo, tiene un reverso oscuro de sumisión profunda. Si sólo debemos tener miedo a tener miedo, entonces, ¿cómo fortificar la resistencia? Lo peor de la violencia -ya sea terrorista o familiar- es la sumisión de quien la sufre: una sumisión que no sólo es externa, sino que se torna interior. Marcelino Domingo, ministro de Instrucción Pública durante la II República, entendió pronto que la única manera de vencer ese miedo ultraterreno, íntimo, era la educación de gentes libres, y así surgieron las Misiones Pedagógicas. Una educación que después, desde el ámbito intelectual y con el respaldo de Fernando de los Ríos, pudo así nutrirse desde el teatro de nuestro Siglo de Oro por medio de La Barraca, donde el poeta Federico García Lorca y el pintor Santiago Ontañón, entre otros muchos universitarios entusiastas, fueron llevando a los pueblos españoles nuestra mejor dramaturgia.

Pero, ¿es posible hoy la educación? A priori sí, responderán algunos: los incautos. Sin embargo, pensemos un ejemplo: el libro *Platero y yo*. ¿Podrán entender los niños de ahora mismo la poética interior de Juan Ramón? ¿Qué diferencia a estos niños de los de hace cincuenta años? Que, hace cincuenta años, no existía un personaje como Belén Esteban, que ha hecho de la vulgaridad, de la violencia verbal, de la inmundicia vital, toda una proclama a vindicar.

Sin embargo, los culpables son otros: quienes la mantienen en una tribuna pública en horario máximo de audiencia.

Así, tenemos que lo que diferencia a nuestros niños de los de hace cincuenta años -que leían y entendían perfectamente a Juan Ramón, y no digamos a Machado- es, seguramente, la ingenuidad: para aprender, es necesario un resto de inocencia. Los niños de hoy ya no son inocentes -y, mucho menos, ingenuos-, y los maestros han de luchar no sólo con la dificultad de las materias que deben impartir, sino con el retraso añadido de la carga de mugre y de carroña que vienen agolpando de la tele. Creo que es necesario desconfiar de una sociedad donde los niños ya no pueden leer Platero y yo.

En la versión de Tim Burton de El planeta de los simios, con un guión a la altura de la versión clásica, la casta dirigente de los simios guarda el secreto de su verdadero origen: saben que son más fuertes que los hombres, pero que la inteligencia de éste basta para aniquilarlos, como finalmente ocurrió. Y qué es la inteligencia sino la capacidad para aprender, que siempre nos hará, de cara a la violencia, libres y orgullosos de existir.